

La primera detective

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The female detective*

En cubierta: imagen *La Vie Parisienne* n.º 13,
25 de marzo, de Édouard Touraine, 1916

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Pablo González Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-53-1

Depósito legal: M-13.928-2022

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Andrew Forrester

LA PRIMERA DETECTIVE

Traducción del inglés
de Pablo González Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice

Introducción	9
Inquilino vitalicio	13
Georgy	99
El misterio desenmarañado	115
Examen de conciencia	137
Un niño es hallado muerto: ¿fue o no asesinado?	174
El arma desconocida	203
El misterio	296

Introducción

¿Quién soy yo?

Poco importa quién soy.

Es posible que empezara en este negocio, suficientemente explicado por el título de esta obra sin necesidad de avanzar una palabra más en su lectura, porque no tenía otro medio de ganarme la vida, o quizá porque me atraía tanto el trabajo detectivesco que no lo pude evitar.

Podría ser una viuda que trabaja para alimentar a sus hijos o una mujer soltera que solo ha de preocuparse de sí misma.

En cualquier caso, trabaje obligada o por voluntad propia, por mí o por otros, si estoy casada o soltera, si soy vieja o joven, he de aclarar de inmediato a mis lectores que, cualesquiera que sean las consecuencias de la práctica de mi profesión, esta no me ha convertido en una persona insensible.

¿Por qué razón escribo este libro?

Hay una por encima de las demás y no necesito ocultársela al lector —pues si así fuera no estaría recopilando estas memorias—. Es más, he de decir aquí y ahora que mi deseo es mostrar, de una manera si acaso discreta,

que la profesión que he desempeñado es tan útil para la sociedad que en modo alguno debería ser menospreciada.

Sé perfectamente que mi trabajo es despreciado por muchos. Esto siempre me ha parecido tan evidente que decidí ocultar mi ocupación a cuantos me rodean desde el principio. Ya fueran parientes, amigos o simples colegas, nunca tuve la necesidad de contárselo.

Mis amigos suponen que soy modista durante el día y por semana; y mis enemigos, que los tengo, están convencidos en gran medida de que llevo una vida más que cuestionable.

En el fondo soy incapaz de decidir si me hacen más gracia mis amigos, que me creen tan inocente, o mis enemigos, que me consideran poco menos que culpable sin ninguna prueba de ello.

Mi profesión es necesaria, pero el mundo se niega a reconocerlo. Tampoco culpo demasiado al mundo por su determinación. Soy de sobra consciente de que existe algo curiosamente censurable en el espía, aunque no por ello el o la espía son menos necesarios.

El mundo no tardaría en sentir la desaparición de la profesión detectivesca; y si tal cosa en efecto llegara a suceder y las nefastas consecuencias que indudablemente esto tendría resultaran más que evidentes, aun así, el mundo seguiría evitando al detective como compañero en sociedad desde el mismo instante en que él o ella retomara su oficio.

Ya he dicho que no me quejo de este trato, pues como he comentado sé perfectamente de que la sociedad considera repulsiva la compañía de un espía. No obstante, nosotros los detectives somos necesarios, igual que lo son los carroñeros, y por tanto escribo este libro para ayudar a

entender, compartiendo mi experiencia, que el detective tiene derecho a reclamar la gratitud de la sociedad.

Soy consciente de que una mujer detective puede ser vista incluso con más antipatía que sus hermanos de profesión. Pero no es menos cierto que si los detectives varones son necesarios también han de serlo las detectives y espías policiales del sexo femenino. Los criminales son de ambos sexos; de hecho, sé por experiencia que cuando una mujer se convierte en criminal es mucho peor que la mayoría de los hombres, de lo cual se colige la necesidad de que existan detectives masculinos y femeninos.

No es necesario repetir, pues, que sé que mi profesión es despreciada por muchos, pero puesto que es necesario que alguien la desempeñe no me avergüenzo de ella. Sé que a lo largo de mi carrera he hecho el bien, y aunque sin duda descubriré que también he causado perjuicios no puedo evitar pensar que la balanza se inclina a mi favor.

Al transcribir estos relatos haré todo lo que pueda por evitar aludir a mi persona. Haré de ello una norma, no por modestia —aunque debo señalar de pasada que todo detective, hombre o mujer, ha de ser honesto—, sino sencillamente para evitar el excesivo uso del gran «yo», que, en mi opinión, echa a perder tantos libros. Para lograr este fin, es decir, evitar el uso de estas dos letras, en la medida de lo posible narraré estas historias, como se suele decir si no me equivoco, en tercera persona, y de la manera más simple.

También es menester señalar en esta pequeña introducción que en un grandísimo número de casos las mujeres detectives son las únicas capaces de llevar a cabo ciertos descubrimientos. Solo aludiré aquí vagamente a la naturaleza de dichos hallazgos, demasiado particulares para ser tratados en una obra de esta clase y en un libro publicado

en esta época. En cualquier caso, y sin necesidad de dar más detalles, el lector comprenderá que una mujer detective tiene muchas más oportunidades que un hombre cuando se trata de observar y vigilar comportamientos que implican cierto grado de intimidad.

Comprendo que la mera posibilidad de que alguien espíe a una familia, y de que dicha familia sea la de uno, pueda resultar desagradable. Pero, por otra parte, conviene señalar que solo un hombre que tiene secretos que esconder temerá siempre a un vigilante, de lo cual se colige que estaría justificado vigilar a aquel que desconfía.

Sea como fuere, es indudable que los detectives de ambos sexos son necesarios en la vida cotidiana de la Inglaterra actual, y como mujer detective que soy considero adecuado dar a conocer al mundo algunas de mis experiencias.

¿Cuál será su valor?

No lo sé, no lo diré y tampoco me preocupa saberlo. Pero espero que estos relatos míos sirvan para evidenciar que, si bien gran cantidad de crímenes pasan desapercibidos, algunos de los más siniestros y bien planeados salen a la luz gracias a la acción del detective. Es más, espero constatar también que hay muchas cosas buenas que descubrir incluso entre criminales, y que no por el hecho de que un hombre haya quebrantado la ley es necesariamente malvado.

Ahora, manos a la obra.